





**F**EMITECA L ATINOAMERICANA







«LA POBREZA: UN GRAN NEGOCIO. UN ANÁLISIS CRÍTICO SOBRE OENEGES, MICROFINANCIERAS Y BANCA» DE GRACIELA TORO. Editado por Mujeres Creando, La Paz, Bolivia, 2010.

Verónica Gago  
erogago76@gmail.com  
ARGENTINA

No es fácil que un libro sea un manifiesto político. Menos cuando ese libro se basa en una ardua investigación académica y todavía menos cuando está plagado de cuadros, informes y números. En este sentido **La pobreza: un gran negocio. Un análisis crítico sobre Oeneges, microfinancieras y banca** es una *rara avis*. Uno de esos ejemplares difíciles de encontrar pero que sorprenden con su vuelo.

Desde su título este libro despliega una política manifiesta, sitúa el lugar –también político– de enunciación y la autoría-edición compartida señalan una apuesta de intervención.

Su tesis es decididamente clara: la política del microcrédito para América Latina y en particular para su caso más exitoso, Bolivia, es un modo de expropiación del dinero de las mujeres pobres y todas sus transacciones informales a favor del sistema financiero formal. Se trata de un mecanismo de succión y pasaje de dinero de

la economía informal a favor de la economía formal. En este sentido, las microfinanzas, propagandizadas como tecnologías de democratización del crédito para los sectores populares, se revelan como una modalidad neoliberal de sobreexplotación del esfuerzo y las destrezas vitales de las miles de mujeres que inventan y sostienen, día a día, múltiples formas de sobrevivencia.

La feminista María Galindo, del colectivo Mujeres Creando, editora y prologuista, denuncia la paternidad silenciada del microcrédito –que define como «herramienta de aniquilamiento, funcionalización y destrucción» de las estrategias organizativas de las mujeres–: «su padre es el neoliberalismo que planteó el microcrédito como una solución de colchón frente a las políticas de ajuste estructural». Sin embargo esa paternidad neoliberal es efecto de otra crisis paterna: la del «padre proveedor», ligada a su par análogo, el Estado proveedor. Dice Galindo:

«Esa figura hoy cuasi de museo que es la del padre que lleva el sustento al hogar y se lo entrega a la madre para la administración y crianza de los niños. Ese padre proveedor entra en crisis en toda América Latina a finales de los ochenta con la aplicación del ajuste estructural y su consecuencia inmediata como fue el desempleo masivo. Frente a esas políticas entra en crisis ese padre y sale la mujer a buscar la sobrevivencia a las calles generando con esto un nuevo rostro de la economía, de la ciudad y de la estructura misma y sentido de la familia».

La paternidad neoliberal, a diferencia de su régimen predecesor, no provee, más bien desposee. De allí la crisis de la función del trabajador masculino asalariado como jefe de familia y contraparte de un estado garante-árbitro de la reproducción social. Lo femenino emerge entonces como tejido social de primer orden, sustento concreto de esa reproducción social en plena crisis del mundo del empleo de tipo fordista. La economía popular femenina y el neoliberalismo tendrían así una compleja e íntima relación.

Lo que suele llamarse feminización de la pobreza (y de las migraciones, de la economía y varios etcéteras) encuentra en este trazado genealógico una imagen concreta y proyecta una economía urbana que indistingue formas domésticas-comunitarias con tácticas comerciales y formas propias del sistema financiero.

El otro punto notable es el señalamiento del «enfoque de género» como sustrato teórico para las políticas de ONGs y de los organismos de crédito a la hora de diseñar políticas neoliberales dirigidas a las mujeres. Galindo denuncia sus premisas: hablar de la responsabilidad de las mujeres a la hora de honrar sus deudas, su concepción «como ejército económico de sobrevivencia» y la idea de que contrayendo deuda bancaria acceden al estatuto de «ciudadanas». Todos estos conceptos esconden su sobreexplotación «sin necesidad de instalar ni un patrón visible ni una fuente de trabajo para ello», fomenta la migración masiva por deuda, la incorporación de niñas al mercado de trabajo, y el uso y abuso del tejido social comunitario.

Este último eje es clave y va al núcleo de esta expropiación: a través del crédito solidario, la banca explota la red social de mujeres, sus relaciones de amistad, de familia, para convertirlas en garantía de la deuda: «Transforma una instancia social de ayuda en una instancia de control social de unas a otras. Las que de entre todas resultan ser las más aguerridas cobradoras de sus ex amigas, vecinas, parientas, pasa a ser la lideresa del barrio, de zona o de subgrupos. Su rol como cobradoras gratuitas de la ONG o la entidad de microfinanzas las constituye en ejemplo de «mujer empoderada». Así, el «empoderamiento» del que nos están hablando tiene un contenido específico, policíaco y altamente violento».

La deuda, cuando se hace impagable, obliga a tomar nuevas deudas, a migrar, a trabajar más, a desahorrar y reducir consumo y, en algunos casos, al suicidio por desesperación. Sin embargo, no todo es padecimiento. En Bolivia hubo un movimiento de autoorganización de las insolventes que ha denunciado públicamente los abusos de las entidades de préstamo y la usura a la que quedan obligadas. Concluye Galindo que ese movimiento ha sido, aun si menospreciado, fundamental a la hora de deslegitimar políticamente al neoliberalismo en Bolivia.

Esta presentación prepara el terreno para la documentada y detallada investigación de Graciela Toro, socióloga y economista, y ex ministra de Planificación del Desarrollo del gobierno de Evo Morales.

Su análisis pormenorizado del funcionamiento del microcrédito traza desde el perfil de las y los beneficiarios (en su mayoría abrumadora mujeres) a la constitución de todo el entramado institucional que lo gestiona y que incluye oeneges y su progresiva conversión en instituciones microfinancieras, gracias a subvenciones estatales y de la cooperación internacional. El microcrédito se trata, para la autora, de una estructura de gobernabilidad dirigida a la economía informal. Desmiente, con sobrada información y análisis, que haya servido para la disminución de la pobreza y para

la ampliación de la frontera crediticia. Pero sobre todo constata que el precio real del crédito que pagan los prestatarios del sistema microfinanciero «es el más elevado del sistema financiero general y se acerca a las tasas de usura».

Toro describe a su vez la utilización que hacen las entidades microfinancieras de la «fuerte voluntad de pago» de las mujeres, sustentada en una gran presión social y en el temor frente mecanismos de amedrentamiento como, por ejemplo, «pintar viviendas, poner en evidencia pública mediante carteles en el barrio donde viven, etc., lo que genera una mala reputación y reduce las futuras posibilidades de acceso (exclusión total de nuevas relaciones crediticias, mayores garantías, mayores tasas de interés, préstamos más pequeños, etc.)». Se abre así el camino al sobreendeudamiento, a la migración, a la necesidad de ayuda familiar, a la disminución de consumo, etc. en un círculo infernal de esclavización por crédito.

«*El microcrédito hermano menor del ajuste estructural y de una concepción del Estado*» señala las conclusiones del libro en una serie de puntos incisivos. Algunos fundamentales:

° Mientras se reducía el papel del Estado, éste intervenía en la formación de las instituciones de microcrédito con el argumento de que era un modo de inclusión para sectores marginados.

° Se consolidó de modo estructural el sector informal en la economía de Bolivia, lo cual invalida «verdaderas alternativas» para quienes desarrollan estrategias de sobrevivencia y constata el «fracaso de la lucha contra la pobreza» que se proponía al menos retóricamente el microcrédito.

° Una propuesta de salida a corto y mediano plazo debería apostar a otra institucionalidad, que otorgaría recursos según la capacidad de generación de ingresos de los proyectos financiados y no vinculados a garantías de otro tipo.

Finalmente, otro punto a discutir, transversal a este trabajo, es la conceptualización más general de la economía informal. Toro expone dos razonamientos. Uno que cita breve y polémicamente de Rolando Morales quien sostiene que «el sector informal no es un refugio para el desempleo, sino que es resultado de una marcada preferencia por el trabajo independiente de una parte importante de los trabajadores». Agrega Toro: «Esta forma de trabajo aparecería en consecuencia como deseada en sí misma y funcional a las capacidades laborales y al estado de desarrollo de la economía».

La posición de Toro es contraria: la informalidad es «la única vía que permite la sobrevivencia de una buena parte de la población boliviana. Desde esta óptica consideramos que no puede continuarse incentivando, si es que se quiere de manera genuina, avanzar

en estrategias de desarrollo futuras que permitan superar este marco empobrecedor en el que nos venimos reproduciendo». Para la economista y socióloga boliviana, la informalidad es funcional entonces a un «patrón empobrecedor», ineficaz para una perspectiva de desarrollo y, en ningún sentido, elegida o deseada por pensiones independientes o de autonomía de las y los trabajadores. En esta línea, Toro rechaza a su vez la asimilación del trabajador informal a un empresario y la celebración de la capacidad autoempresadora de los pobres. Tal vez pueda decirse que bajo la ideología neoliberal se encubre un tratamiento perverso para un deseo extendido de una parte de los trabajadores de esa flexibilidad.

La informalidad no puede pensarse como lo otro radicalmente distinto de la formalidad. Son modalidades que hoy se contaminan mutuamente. Por tanto, más que opciones contrapuestas, conviene analizarlas en sus ensamblajes concretos. Y para esto es fundamental algo que Toro señala: la informalidad es sobre todo heterogeneidad, compila formas diversas que van del autoempleo, a las microempresas, pasando por el contrabando y las actividades clandestinas.

Para terminar, podríamos sintetizar algunas tesis a partir de la lectura de este trabajo.

1. La informalización de la economía es una fuerza de mujeres y desempleados que fue respuesta «desde abajo» a los efectos desposesivos del neoliberalismo. Del padre proveedor a la madre que sale a buscar/investigar la calle como espacio de sobrevivencia se produce una nueva politización: nuevas actrices que toman la calle como espacio público cotidiano y doméstico al mismo tiempo, rompiendo con la clásica escisión topográfica de lo privado como privado de calle, de público.
2. Las ciudades se ven transformadas por esta nueva marea femenina que con su trajín y sus transacciones redefinen el espacio metropolitano, la familia y su lugar como mujeres. A este nuevo color urbano es posible llamarlo «economía latinoamericana». Además, «el tejido social callejero desarrollado por «la ambulante» abarata y facilita los costos de vida en las ciudades» (Galindo)
3. El neoliberalismo explota y aprovecha esa nueva (micro) escala de la economía y la reconduce a través de mecanismos específicos: el microcrédito es uno de ellos.
4. La producción de deuda como forma de gobierno de los pobres y de sus estrategias vitales es el modo de disciplinamiento político de formas que surgieron como alternativas frente a la crisis del mundo asalariado. A la vez que discursivamente propone la fórmula sujeto de crédito/deuda=ciudadanía.